

lores del paciente Corazón de Jesús, el nuestro adquiere valor extraordinario y mérito casi infinito. ¡Oh! ¡qué escuela de perfección la del dolor! ¡qué fragua para purificar el alma, de toda la escoria de sus vicios é mperfecciones! Y luego ¡qué arma tan poderosa en la lucha con los enemigos de Dios! ¡qué espada de dos filos para traspasar los corazones! Por eso el dolor es como esencial condición de la vida religiosa. Sin él no se concibe la propia perfección, ni hay medio más eficaz para trabajar con fruto en la salvación ajena. Cristo Señor nuestro, próximo ya á terminar su carrera y dejar consumada su obra¹, se entrega de lleno á padecer, se engolfa en aquel mar de dolores internos y externos que forman el prodigioso cuadro de su acerbísima Pasión. Con el dolor supremo, infinito de su muerte en cruz quiso salvarnos, pudiendo haberlo hecho de mil otros modos no tan dolorosos y, al parecer, más compatibles con sus divinos atributos. ¡Misterioso secreto el de la Cruz! Jesús la ha puesto allí sobre su Corazón para hacernos comprender que el culto más acepto del suyo es la imitación de sus dolores, y principalmente de los que podemos llamar internos, esto es, más agudos y penetrantes.

9. Paremos la consideración en la magnitud de estos sacratísimos dolores á cuya reparación queremos consagrar especialmente los cultos de este día. De ellos dice el mismo Salvador: *Rodeáronme dolores mortales*². ¿No fueron estos por ventura de los que se quejaba amigablemente á sus discípulos á la entrada del Huerto de las Olivas, cuando les decía: *Triste está mi alma hasta la muerte*³, es decir, como explican los sagrados

¹ Io. 17, 4.² Ps. 17, 5.³ Marc. 14, 34.

intérpretes: siento una tristeza mortal, un dolor que me causaría la muerte, si no lo estorbara mi omnipotencia? Para expresarse Jesús en estos términos, decid, hermanos míos, ¿cuál no debió de ser la vehemencia de aquel sentimiento que oprimió su alma humana, que ahogó el corazón? Éste fué aquel dolor que los Evangelistas no acertaron á pintar con una sola palabra y llamaron *pavor*, *tedio*, *tristeza* y, finalmente, *agonía* y lucha violenta de encontrados afectos¹. Éste fué el cáliz amarguísimo que el mismo Eterno Padre aplicó á los labios de su bendito Hijo para que lo apurase hasta la última gota, aunque como hombre rehusaba beber aquella copa de amargura². Rehusábalo sí, con el recelo propio de la flaqueza humana; pero juntamente lo deseaba con el ardor de su divina caridad. Y el sentirlo, porque quiso, pudiéndolo también impedir, si quisiera, no fué sino para mostrar al mundo la grandeza de su amor igual á la intensidad de su dolor. No se contentaba con ser despedazado por mano de los hombres á fuerza de azotes y bofetadas, sino que él mismo quería quebrantar su corazón, dando curso natural á sus afectos, hasta verse como anegado en horrible tempestad de angustias y congojas³. ¡Oh! ¡cuántas veces habréis sondeado, carísimos hermanos, en vuestra meditación las causas de estos íntimos dolores del agonizante Corazón de Jesús! ¡Cuántas habréis penetrado en la naturaleza de esos sentimientos que inundaron de amargura el pecho de nuestro amable Salvador! Allí habréis hallado el horror de los tormentos y la muerte afrentosísima y cruelísima; allí, la confusión de comparecer ante la Justicia divina en traje de peca-

¹ Luc. 22, 43.² Luc. 22, 42.³ Ps. 68, 3.

dor, y delante del mundo entero en el patíbulo de los insignes malhechores; allí, la amargura de un corazón herido por la más vil y detestable ingratitud, ya de parte de aquel pueblo, que era su pueblo, y no sólo le desconoció¹, sino que le pisoteó y escupió villanamente, ya de parte de los hombres de todos los tiempos que tan mal habíamos de corresponder á la ternura de su afecto y á la magnitud de su sacrificio: allí, en fin... mas ¿quién pudiera enumerar todas las formas y matices de aquel dolor incomparable equivalente á la suma de todos los dolores morales? ¿En qué corazón no han resonado hondamente aquellas lastimeras quejas del Corazón lacerado de Jesús: *Popule meus, quid feci tibi? responde mihi*². Y ¡qué impresión no producen hasta en el más duro pecho las palabras de Cristo moribundo con que se lamenta del desamparo de su mismo Padre: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*³ rodando por sus pálidas mejillas las últimas lágrimas de sus apagados ojos!

10. La consideración de esos dolores inefables estimula nuestro anhelo de ofrecerle cumplida reparación y desagravio, haciendo cuanto está á nuestro alcance para mitigarlos; pero al mismo tiempo sirve de suave lenitivo á las heridas de nuestro corazón, aliviando nuestras penas y sosteniendo nuestra flaqueza en el padecer. ¡Ay! ¡somos tan refractarios al dolor, ya sea físico, ya moral! ¡Cuéstanos tantas luchas resignarnos á sufrirl! ¡Como si no supiésemos el valor del sufrimiento, el cual es un verdadero Apostolado, tal vez más eficaz que el de la acción y la predicación! ¡Honor, pues, y reparación á los dolores internos del sagrado Corazón de

¹ Io. 1, 11.² Mich. 6, 3.³ Marc. 15, 34.

Jesús! Mas no olvidemos que el mejor modo de honrarlos y repararlos consiste en su imitación, en el deseo de participar del cáliz de amargura que brindó el Salvador á sus escogidos diciéndoles: *¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de apurar*¹, que yo he apurado en mi Pasión? ¡Oh! ¡qué dicha poder responderle sin vacilar con la sinceridad de los hermanos Juan y Santiago: Sí, *lo podemos!* lo queremos; y oír que el buen Jesús nos asegura, lleno de complacencia, que efectivamente con su gracia cumpliremos la palabra dada: *Beberéis ciertamente mi cáliz*. Lo cual equivale á decirles: Sois del número de mis discípulos predilectos: bebéis en una misma copa conmigo. ¿Habría alma religiosa que no aspire á tener esta felicidad? ¿Habría quien se queje, como de mal y trabajo insoportable, de las enfermedades y dolencias del cuerpo, de las penas del alma, de las tribulaciones del espíritu? ¿Habría quien se lamenta de la injusticia del mundo, de la ingratitud de los hombres, de las persecuciones de los malos y de la indiferencia y desamparo de los buenos? Enhorabuena que sintamos en lo más vivo estos y otros semejantes dardos con que nos hiera la mano del Señor; enhorabuena que viertan sangre las heridas de nuestro corazón, y lágrimas nuestros ojos, mientras clamamos al cielo implorando remedio y consuelo en nuestras tribulaciones, como lo hacía el Profeta², como lo hizo el Corazón angustiado de Jesús en el Huerto³. Pero, en medio de todo, puesta la mira en la inmensidad de los dolores del Amado, diremos con el grande Apóstol: *In his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos*⁴.

¹ Matth. 20, 22.² Ps. 17, 7.³ Matth. 26, 39.⁴ Rom. 8, 37.

II. ¡Aliento, pues, carísimos hermanos en Jesucristo! Proseguid la obra de vuestra venerable Madre, la reformadora de este naciente instituto religioso, honrando y adorando los dolores íntimos y más agudos del sacratísimo Corazón de Jesús, ya que en la práctica de esta excelente devoción habéis hallado hasta aquí, y habréis de encontrar siempre, el más poderoso elemento de santificación, elevándoos, por la unión con Cristo paciente, hasta la cima del monte de la mirra¹, hasta el collado del incienso. De allí al cielo no hay más que un paso. Allí os aguarda vuestra Madre. Así sea.

¹ Cant. 4, 6.

